

## Cerca de Santillana (13.000-20.000 a. C.)

Otros ven más lejos. Algunos pueden anticipar, agazapados en la alta yerba, la desconfiada ruta del jabalí, o apuntar la flecha al preciso espacio que ocupará el corazón del íbice. Pero sus ojos ven la línea que une y divide. Unos ojos cansados, de incómoda fijeza. Ese don lo aparta de la horda. Para colmo, una voz le impone insólitas conjeturas. (Ha llegado a decirle que por sus venas corre el polvo de esas distantes luces que aún no se llaman estrellas). Le asusta pensar que únicamente él reciba esa pertinaz visita. A nadie confiesa el presentimiento de que está llamado a andar un secreto sendero. Todavía no hay palabras para nombrar las cosas que se callan. En un tiempo sin coartadas, a duras penas se ha hecho necesario por su dominio del buril; así extrae, de una lasca de sílex, la punta de una lanza. Y la punta de otra lanza. Bastaría un invierno demasiado frío o una larga temporada de lluvias para agotar la hostil paciencia de los suyos. Aun cuando su cuerpo no resiste el reposo, a ratos se oculta en el bosque, sin fuego ni armas. El mundo es su catedral. Sabe que un gesto puede atraer la tormenta, que los grandes árboles hablan en la noche, que la cabra gozada por el hombre no es tan cabra. Sabe, sobre todo, que la vida es forma. Por eso no le importa rezagarse en las partidas de caza. Esta noche, además, va a romper su arco delante de los hechiceros. Quiere ser lo que nadie ha sido. Quiere morir, quizás. Las mujeres que desuellan las bestias le han dado una oculta porción de cebo a cambio de esas preñadas estatuillas que ya son Venus. Que ya son Brancusi. Su antorcha debe arder hasta el alba. De machacadas flores, de barro calizo, de menstruación y tizne y residuales mieles ha elaborado una cándida palestra. A ciegas ya conoce esa enorme caverna donde suelen guardarse, en días de bonanza, las pieles y osamentas, los mazos de yerbas curativas. Mañana tal vez han de venir los cazadores, con paso de peligro, a lanzar sus redes sobre los inmóviles ciervos, a escuchar con el oído pegado al paño de la roca la sinfónica desbocadura de los caballos salvajes, a tocar el flanco del oso delineado con efecto de bulto sobre la prominente pared. Enfermos de éxtasis, vendrán también los hombres de allende el valle, con las cestas repletas de fragmentos de alabastro y hachas de cobre y fibras vegetales y ámbar. A poner sus manos sobre las fieras que se hicieron libro. A establecer el vínculo entre la imagen y la

acción. Entre el alma y el objeto. A percibir un orden en los brutales elementos. Otros ven más lejos. Pero sus ojos ven a María Sau-tuola, una tarde del implacable verano de 1879, púber como gace-la, alzando distraídamente la mirada hacia el techo y halando sigilosa la manga de la camisa de su padre, con temor a provocar una estampida. Herida de belleza y pudor. Dueña, por un último instante, de veinte mil años de silencio. Y entonces para María, tan sólo para María, el taciturno maestro desvía el trazo e inclina gen-tilmente la formidable cabeza del bisonte.

(Del libro en preparación *Las piedras de la aurora*).